
PUESTA EN CIRCULACIÓN DEL LIBRO
EPISCOPOLOGIO DE LA ARQUIDIÓCESIS
DE SANTO DOMINGO

• **Palabras del padre José Luis Sáez, S. J., autor del libro**

No puedo ocultar que la motivación principal de este nuevo episcopologio dominicano ha sido reelaborar y mejorar las biografías de los obispos y arzobispos de Santo Domingo que publicó entre julio y diciembre de 1955 fray Cipriano de Utrera, O.F.M. Cap. en el Boletín del Archivo General de la Nación, y se reprodujeron como apéndice del tercer tomo de la Historia Eclesiástica de Carlos Nouel, publicada por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos en 1979. No cabe duda que, a pesar de sus defectos, apreciamos aún el aporte

del historiador capuchino a este aspecto de la historia de la Iglesia en Santo Domingo, --sigue siendo la más completa en su género--, pero tampoco se puede negar que, a pesar de su andalucismo confeso, en el recuento de los arzobispos hay dos defectos que era preciso remediar: la falta de claridad en cuanto a los obispo y arzobispos que nunca tomaron posesión de su sede o simplemente no aceptaron, y el tratamiento antojadizo, mucho más con rencor castellano, que dio a algunos, haciéndonos creer



que eran incapaces en lo intelectual, y sin negar su formación académica, los despachó con el consabido aforismo «Quod natura non dat, Salmantica non praestat».

Una vez superada buena parte de esas deficiencias a base de otras fuentes, incluso las del mismo fray Cipriano en los seis tomos de sus Noticias Históricas, para entender mejor este desfile de obispos y arzobispos de la Iglesia dominicana, permítanme trazar brevemente el perfil de los 26 que la gobernaron hasta finales del siglo XVIII.

En cuanto a su procedencia, 16 de los obispos eran del clero regular y 10 del clero secular. De los primeros, la congregación mejor representada fue la Orden de Predicadores, que aportó cinco arzobispos, siguiéndoles en importancia los agustinos con tres arzobispos y los franciscanos con dos. Los benedictinos, mercedarios, mínimos de San Francisco de Paula, premostratenses, cistercienses y trinitarios aportaron un arzobispo cada congregación. En cuanto a la nacionalidad, si se puede hablar de eso en el siglo XVI, todos eran españoles, aunque uno había nacido en territorio de la futura Italia (Alessandro Geraldini), dos habían nacido en México (Fr. Ignacio de Padilla, O.S.A. y fray Agustín Dávila Padilla, O.P.), uno en Honduras (Juan de Escalante Turcios) y uno en las Islas Canarias (Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu), muy ligado a la expansión del curato de San Carlos de Tenerife.

En cuando al que podríamos llamar «pedigree» o calificación intelectual, --eso que le costaba tanto reconocer a fray Cipriano--, seis tenían una maestría en Teología, seis tenían una licenciatura y otros seis un doctorado en la misma disciplina. Dos eran doctores y uno licenciado en Derecho Canónico. Por último, uno era doctor y otro Maestro en Artes o Humanidades. Las universidades a que habían asistido eran tan conocidas y prestigiosas como Alcalá de Henares (4), Salamanca (4), Valladolid (3), Bolonia (1), México (2), Segovia (1), y Quito (1).

En cuanto a su historial o experiencia previa en cargos de gobierno, --cosa importante en estos menesteres--, cuatro de los religiosos habían sido provinciales, dos procuradores de su orden en Roma o Madrid, tres eran o habían sido abades o priores, y

más de una vez, e incluso uno había sido nada menos que Superior General de su orden (Fr. Facundo de Torres, O.S.B.). De los del clero secular, seis habían sido inquisidores o calificadores del Santo Oficio, dos habían presidido un consejo de importancia, como el de Navarra, cuatro eran canónigos o prebendados, tres eran o habían sido provisoros o vicarios generales de una diócesis, tres habían sido confesores reales, y sólo uno era simple párroco al momento de su nombramiento real (Felipe Ruiz de Ausmendi), arzobispo en 1757.

De los veintiséis mencionados, cuatro ocuparon esta sede trasladados de Puerto Rico o de América del Sur, y once fueron trasladados a su vez de aquí a otra arquidiócesis o diócesis americana, conservando en este segundo caso el título personal de arzobispo-obispo. Dieciocho fallecieron aquí en el ejercicio de su cargo, –aunque en varios casos no quede rastro de una lápida que señale su sepultura–, y sólo uno huyó en 1698 (Fernando Carvajal y Ribera, O. de M.), al no encontrar respuesta a la petición de retiro que hizo un año antes a Carlos II de Austria. Por último, aunque no llegaron vivos ni gobernaron su sede por medio de delegado, dos arzobispos murieron en alta mar y, como correspondía, fueron enterrados en la Catedral. Esos fueron el granadino Juan de Salcedo, consagrado en Granada en 1562, y muerto frente a la isla Dominica probablemente a mediados de 1563, y el agustino fray Diego de Contreras, O.S. A., que falleció ahogado en 1616, no se sabe bien dónde ni por qué.

El panorama no estaría completo si dejásemos de recordar, y para eso está la segunda parte de esta obrita, a dos obispos y doce arzobispos que fueron presentados a la sede dominicana y no aceptaron la oferta del rey o antes de iniciar los trámites fueron trasladados a otra sede un poco más fructífera. El primero fue el jerónimo fray Luis de Figueroa, O.S.H. en 1523 y el último el Dr. Francisco de Mendigaña y Armendáriz, presentado por Felipe V en 1726, cuando era gobernador eclesiástico de Santafé de Bogotá.

Termina la dominación española, y en los dos siglos siguientes se suceden varias formas de gobierno político, que influirían a su modo en la marcha y estabilidad de la Iglesia, incluyendo, además

del gobierno de un obispo constitucional francés (Guillaume Mauviel), y el arzobispo español Bienvenido Monzón en tiempo de la reincorporación a España, dos largos períodos de cierta provisionalidad (tres vicarios apostólicos en el siglo XIX y tres administradores apostólicos dominicanos en el XX), además de cinco años (1965-1970), de un régimen *sui generis*, la administración apostólica sede plena, encabezada por el Dr. Hugo E. Polanco Brito.

Aun antes del período de unificación con Haití aparece el primer arzobispo dominicano, don Pedro Valera Jiménez (1811-1830), que se vio obligado a refugiarse en Cuba a raíz de un atentado en su propia casa. Con el nacimiento del primer ensayo separatista de 1844, reaparecen los arzobispos nativos. Independientemente de los períodos provisionales citados, hasta la fecha han gobernado la Arquidiócesis sólo cinco arzobispos dominicanos, y uno extranjero (el salesiano Ricardo Pittini), además del fracasado proyecto del arzobispo Antonio Zerezano Camarena en 1860. El primer dominicano de esta etapa fue don Tomás de Portes Infante, y el último, de puro conocido, no creo que sea preciso decir quién es. Aparte de eso, de los cinco citados, cuatro eran del clero diocesano, y sólo uno era religioso (Ricardo Pittini, S.D.B.).

Esta obra se presenta casi ocho meses después de salir de la imprenta. O sea que, a pesar de no tratarse de un periódico, ha tenido tiempo de envejecer y de pasarse de fecha. Eso, que siempre me pareció un problema serio, ya lo veo desde otra perspectiva. En definitiva no creo que debamos ver una obra, sobre todo si es de historia, como una cosa estática, terminada, completa. Si es verdad que el lector entabla una especie de diálogo con el libro, también es verdad que una obra debe mantener su carácter de algo abierto siempre al cambio, a la investigación. Se acabó la larga época en que se decía que con esta o aquella obra se había dicho todo lo que había que decir. De esos libros «tan completos» están los cementerios llenos.

Yo creo que la historia merece un trato mejor, por muy incompleta que sea o parezca serlo. Este libro o cualquier otro no es la última palabra. Muchas cosas que aquí se dicen de paso pueden servir para abrir nuevos estudios. Varios de los obispos

biografiados, de cuya parentela, fechas precisas o circunstancias apenas tenemos información, están haciéndonos señas para que busquemos y sepamos más de ellos. Esa parte está aún por completar. Y, aunque sea por deficiencias mías, no me arrepiento de haberla dejado así. El libro abierto no es defectuoso. En tal caso, defectuosos seremos los autores. El libro está bien como está, sobre todo cuando sabemos que se han puesto en juego todas las fichas, pero no se ha logrado todo lo que hubiéramos querido. Los que vengan detrás tendrán la gran oportunidad de avanzar un poco más, en el camino a eso que algunos, con la boca llena, llaman «la historia total», que no creo que nunca fue ni debió ser una realidad.

2 diciembre 2011.